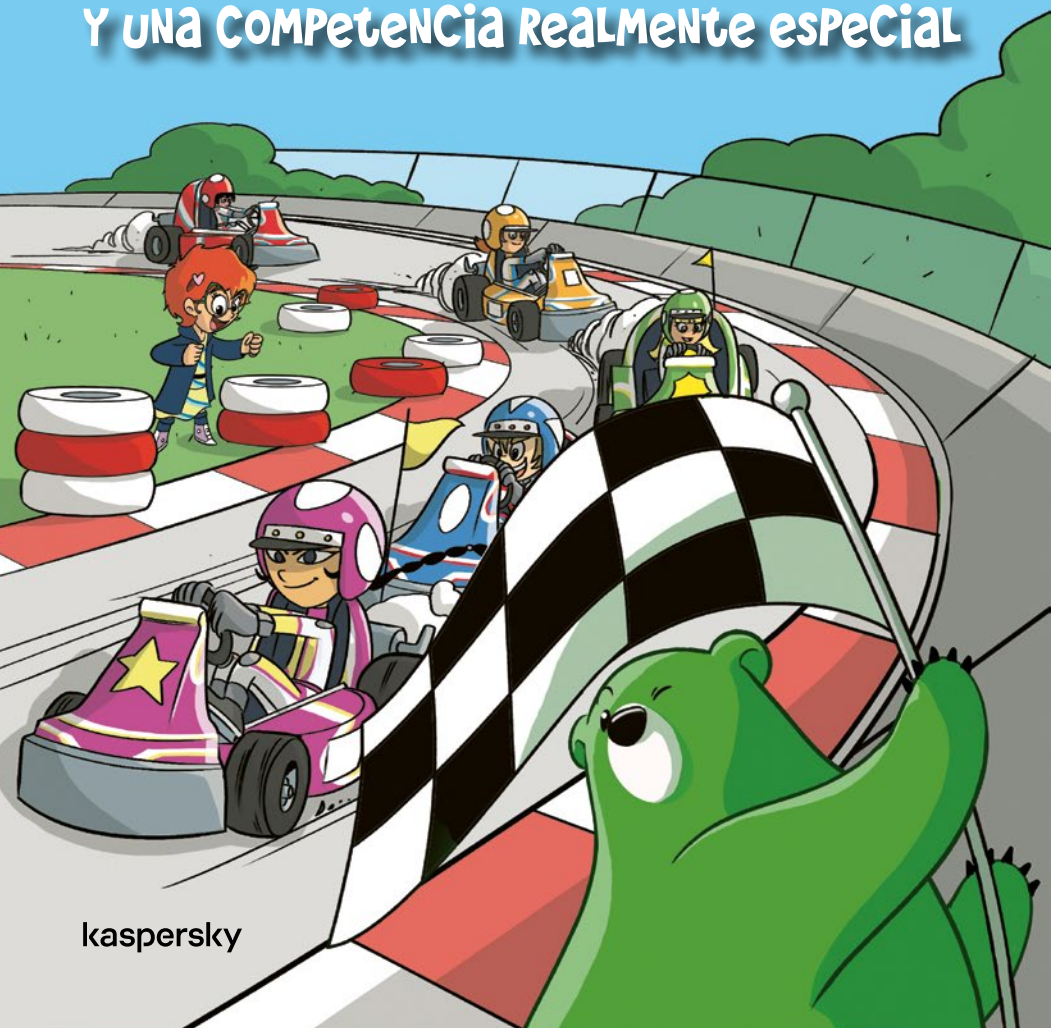




Alessia CRUCiani

MIDORI KUMA

Y UNA COMPETENCIA REALMENTE ESPECIAL



kaspersky

MIDORI KUMA
Y UNA COMPETENCIA
REALMENTE ESPECIAL

Alessia CRUCiani

MIDORI KUMA

Y UNA COMPETENCIA REALMENTE ESPECIAL



kaspersky



Midori Kuma

Es un oso verde muy especial.
Es dulce y simpático, ¡imposible
no quererlo!

Lola

Su pelo rojo le da un aire alegre
y desenfadado. Es perspicaz y
curiosa, no se le escapa nunca
nada...



Pedro

Es el primo de Lola: nunca se
separa de su *smartphone* de última
generación y ¡es un verdadero
amante de la tecnología!

Javier

El papà de Lola es periodista.
A veces invita a su hija y a su
sobrino a que le acompañen
en sus viajes de negocios.



OLivia

Es una experimentada piloto de *karts* y, gracias a su determinación, siempre corta la banda en la línea de meta.



Max

Es un gran piloto, pero desde hace algún tiempo anda muy malhumorado con todo el mundo. ¿Qué le habrá pasado?

Daniel

Bueno y generoso, conduce los *karts* con cuidado y es un verdadero as en la pista.



Roberto

El mecánico de Olivia es el abuelo sabio y comprensivo que a todo el mundo le gustaría tener.



UNA AVENTURA FANTÁSTICA



Está a punto de pasar algo especial. Lola se da cuenta al ver la expresión del rostro de su papà, que acaba de volver a casa del trabajo.

La niña intenta adivinar si por casualidad él esconde algún regalo por alguna parte: está segura de que alguna sorpresa anda al acecho, porque a Javier se le acaba siempre descubriendo, por mucho que él no se dé cuenta. Lo traiciona la expresión de la cara: cada vez que quiere sorprender a su hija con algo bonito intenta ponerse serio, pero una parte de la boca se le queda sonriendo.

“¡Lola, ve a preparar las maletas! Ropa deportiva, ¿vale?”, le dice echándose sobre el sofá junto a ella y quitándole de las manos el mando de la tele. No quiere molestarla, solo estar seguro de acaparar toda su atención. Ni falta que hace, claro, ella ya se muere de curiosidad.





Si los vemos desde atrás, papà e hija se confunden: ambos tienen el pelo rojo y rizado.

“¿Cuántos días vamos a pasar fuera?”, pregunta con curiosidad Lola, colocándose bien las gafas de montura verde. Adora sus gafas, porque su mamá eligió para ella un modelo que recuerda a los ojos de un gato, con las puntas hacia arriba. Y en su cara llena de pecas quedan genial.

“Esta vez es una aventura fantástica, que durará tres días, igual que este fin de semana largo. Y no estaremos solos”. Javier tiene ganas de regodearse en la creciente curiosidad de su hija.





“¿Quién más estará, papá? ¿Y qué significa eso de “fantástica”?”

“Nos tenemos que llevar sí o sí a tu primo; de lo contrario, no me lo perdonaría nunca”.

“¡Fantástico! Hace un montón que no veo a Pedro. ¡Quién sabe cuánto le habrá crecido el pelo! ¡Dice que no se lo quiere cortar! Claro, si tuviera un teléfono como el que le han regalado para su cumpleaños, podríamos mandarnos mensajes y hacer videollamadas cada día...”, comenta Lola. Acaba de cumplir los ocho, pero... ¡es ya una lista de cuidado!

Sin embargo, Steve no cae en la trampa. Hace meses que su hija le pide un móvil para chatear con las amigas y hacer vídeos de sus bailes. Pero sus padres le repiten cada vez que es todavía demasiado pequeña y que casi todos los chicos lo usan sin tener ni siquiera la edad para poder meterse en las redes sociales. Ni siquiera su primo Pedro, al que le han regalado por su décimo cumpleaños un *smartphone* hasta con una supercámara de video.

“Lo puedes llamar si quieres con mi celular”, puntualiza Javier mientras se lo acerca. “Venga, Lola, avísale de que estamos yendo a por él, su mamá ya lo sabe. En el auto os lo explico todo”.

A la niña le emociona tanto la idea de salir tres días de viaje junto al adorado primo que por esta vez





decide no seguir insistiendo en la idea de un *smartphone* todo para ella. Pero Javier sabe que se trata solo de una corta tregua: cualquier excusa es buena para que Lola lo intente una y otra vez, ya que casi todas sus amigas tienen ya uno propio mientras que a ella se le permite usar solo la tablet de sus padres (y eso solo cuando ellos no la necesitan). Por eso, el año pasado pidió un celular para su cumpleaños, cada vez que sacaba una buena nota e... ¡incluso cuando se le cayó el diente! Pero nada, Ana, su mujer, y él se han mantenido firmes.

Por supuesto, lo primero que toma para el equipaje es su inseparable Midori Kuma, su gran oso verde de peluche superespecial llegado del lejano Japón.

Enseguida Midori Kuma empieza a rascarse la barriga satisfecho. Así es, ese es el gesto que repite una y otra vez cuando se pone contento: ¡está claro que tiene





ganas de partir! Sin embargo, si está nervioso, preocupado o enfadado, se rasca la cabeza por detrás. Para Lola no ha sido difícil interpretar esos gestos: los acompaña, de hecho, la increíble expresividad de los ojos, que parecen hablarle. Y no termina ahí: Midori Kuma sabe caminar, aunque normalmente prefiere dar saltos. Ella ha descubierto en él a un oso súpersimpático, afectuoso aunque también fuerte y protector, sabio pero sin jamás llegar al aburrimiento. En fin, ¡que ni Lola ni nadie de la familia conciben ya vivir sin él! A sus padres les da la sensación de que puede protegerla ante cualquier riesgo posible. Como hace ahora mismo en el auto yendo a casa de Pedro. Lola está pidiéndole a su papà pizza con patatas fritas por encima para cenar, pero Javier no quiere porque podría volver a darle dolor de barriga como la semana pasada con el empacho de helado de chocolate y limón. Una mezcla un tanto peligrosa.

“No era chocolate y limón, papá. Era regaliz y limón”, precisa Lola.

Midori Kuma abre los ojos de par en par y se rasca la cabeza, como diciendo que aquellos dos sabores juntos aseguran un dolor de barriga, igual que las papas fritas en la pizza. Luego empieza a emular con la pata el gesto de llevar comida a la boca de Lola: es su forma de consolar a la amiga cuando pide algo





demasiado goloso. Le ofrece comida invisible que seguro que no le hará daño.

“Gracias, chef”, le dice la niña, acariciándolo con ternura. “Me parece sentir de verdad el sabor de las papas fritas mezclado con el del queso y el tomate”. Midori Kuma se rasca la barriga satisfecho.

“¿Otra vez comida invisible? ¿Por qué no te pones a dieta?”, exclama Pedro mientras sube al auto, chocando los cinco a todos con la mano derecha (mientras que en la izquierda lleva el *smartphone* del que nunca se separa). Le ha crecido mucho el pelo, que luce además todo despeinado.

“Por lo menos la comida invisible no hace daño. Hay otras cosas que parecen invisibles que pueden dar problemas más serios”, replica Javier, fijándose en el nuevo teléfono de Pedro.

“¿Qué quieres decir?”, pregunta Lola, despeinando más todavía a su primo.

“Que no todo lo que parece invisible lo es de verdad. Algunas veces





algo puede ser peligroso por mucho que no se conozca su aspecto. Aunque con un poco de cuidado podemos evitar que nos dé dolor de barriga”, responde su papà.

Lola y Pedro se miran estupefactos e intentan entender si al menos el otro ha comprendido el sentido de aquellas extrañas palabras.

“Les explicaré”, les anticipa Javier.

“¡Qué de misterios hoy!”, comenta Lola. “Papà, ¿nos puedes explicar qué va a pasar este fin de semana? ¿Adónde estamos yendo? ¿A un sitio invisible?”

“Tienes razón, Lola, ahora se lo explico todo”.

Javier es periodista y se le ha encargado una nueva misión: ir a un circuito de karting, o sea un circuito más pequeño de los de Fórmula 1 en el que está programada una competencia importante entre niños. Los jóvenes campeones conducirán los *karts*, los pequeños vehículos que representan el primer paso para quien aspire a convertirse en un piloto profesional. Javier tendrá que entrevistar a los protagonistas y descubrir qué aspiraciones tienen para su futuro.

El campeonato se desarrollará en tres días: el viernes estará dedicado a las pruebas: los pequeños talentos saldrán a la pista para estudiar el nuevo circuito y entender cómo dar las vueltas del recorrido en el menor tiempo posible. El sábado son las calificacio-





nes: cada piloto tiene que intentar ser más rápido que los otros y poder colocarse entre los primeros en la parrilla de salida del domingo. El domingo estará dedicado al campeonato en sí.

“Pedro, busca en internet la foto de un *karp*, para ver cómo es”, sugiere Lola, que no se imaginaba que los niños pudieran manejar autos de carreras.

“No se llaman *karp*s, sino *karts*”, le corrige su papà.

En pocos segundos Pedro ha encontrado en la red la foto adecuada: “Aquí están, mira los pilotos: ¡van como quien dice sentados en el suelo!”, le explica, emocionadísimo ante la idea de ir a ver un circuito. Él ve siempre las competencia de coches por la tele.

Después de contestar a muchas preguntas y de explicar el comportamiento seguro para moverse por el circuito y no interferir en la organización, Javier advierte por el retrovisor que sus pasajeros han terminado durmiéndose.

Sin embargo, en cuanto Javier entra con el auto por el área que linda con la pista, Lola, Pedro y Midori Kuma abren los ojos como si hubieran oído un despertador.

Y es que el ruido que proviene de la pista es fortísimo. Los tres amigos mantienen las caras pegadas al cristal de la ventanilla. Se mueren de ganas





de bajar del coche y precipitarse a descubrir qué se puede hacer con estos coches tan graciosos. Pero lo que más les impresiona es el ambiente, los chicos vestidos como campeones de Fórmula 1 con cascos que les hacen parecer medio extraterrestres: grandes cabezas sobre pequeños cuerpecillos. Por no hablar del circuito en sí con todas esas curvas, los neumáticos rozando el extremo del asfalto y, ante todo, la sensación de asistir a algo diferente y extraordinario.

“¿Hay que presentarse a algún examen para conducir los *garts*”, pregunta Lola.

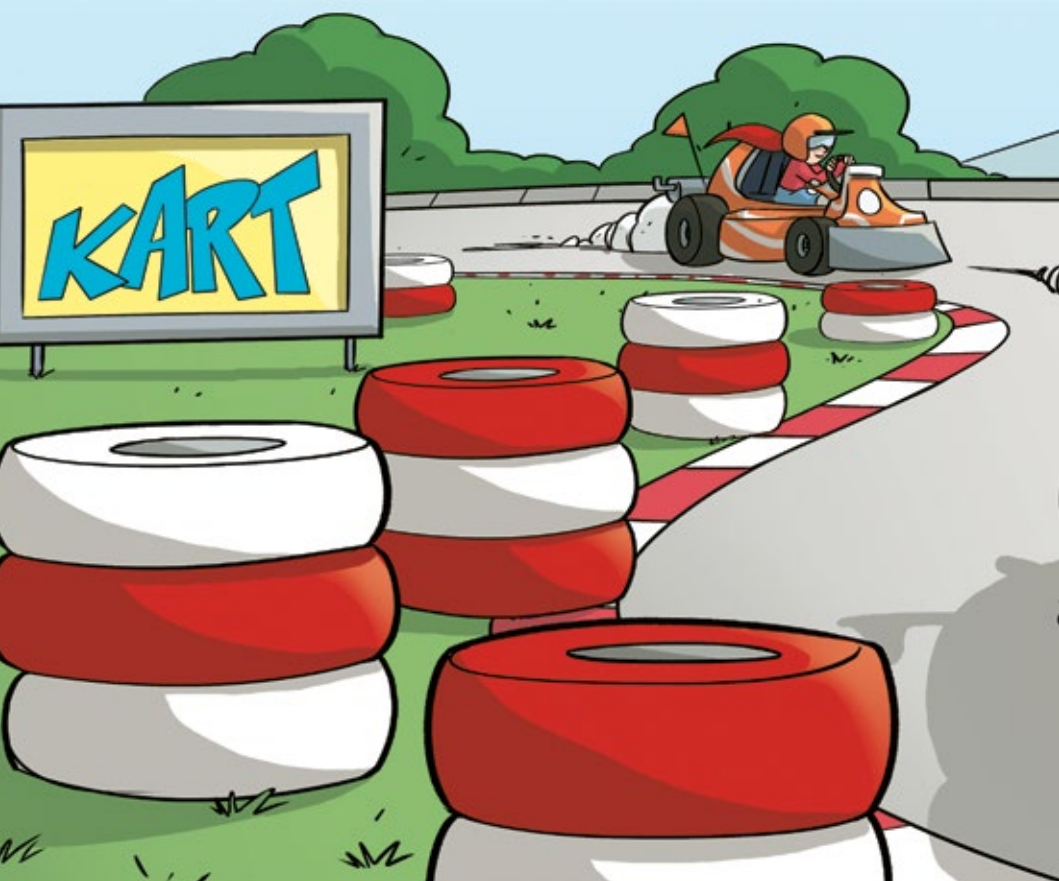




“¡Se llaman *karts*!”, le corrige Pedro esta vez, divertido.

“Para las competiciones se necesita un permiso, una especie de carnet. Si no, para alquilar los *karts* y dar unas vueltas con ellos, es suficiente con traer la protección necesaria”, explica Javier.

Curiosa como lo es siempre, Lola salta con una serie de preguntas en ráfaga: “¿Qué hacen todos los neumáticos en el borde del asfalto? ¿Es obligatorio el casco? ¿Cómo se consigue que los coches vayan





rápido? ¿No les da miedo? Papá, ¿me compras un traje de piloto para subir a un *mars*?”

Javier y Pedro sueltan una carcajada mientras Miodori Kuma se rasca la barriga. A Lola no le sale bien la palabra “*kart*”. Eso sí, todos están convencidos de dos cosas: la primera es que antes del domingo la acabará aprendiendo; la segunda, que ahora, además del celular, insistirá en poder conducir uno ella también. Y no es la única que lo desea.



¡Oye, NO! ¡EMPUJONES, NO!



A Pedro le fascina ver a chicos de su edad al volante. “Parecen adultos... Por como conducen, digo. ¡Y, además, con el casco en la cabeza es imposible distinguirlos!”, comenta entusiasmado. El mundo de los *karts* lo ha conquistado ya y quiere compartir estas emociones con sus compañeros de clase.

Con una de las cuatro cámaras de su celular, empieza a sacar imágenes de los chicos en la pista y a grabar videos. Luego, a la velocidad de un rayo, comparte todo en las redes.

“¡Mira que tu máquina también es un coche de carreras! ¿Estás seguro de saber conducirlo?”, le





pregunta un señor mayor, que le pasa al lado y le lanza una sonrisa bajo su largo y gris bigote. Ni siquiera espera la respuesta de Pedro y ya mismo se aleja hacia un piloto que en sale lentamente de la pista para aparcar su *kart*.

“¿Me decía a mí?”, pregunta Pedro en voz alta.

“Eso mismo parece”, contesta Lola con curiosidad.

“Te ha dicho que tienes un coche de carreras...”

“¿Pero qué coche de carreras? ¡Ya me gustaría a mí tener uno de esos para ir por la pista!”, replica su primo.

Midori Kuma ha empezado a rascarse la barriga.

“A lo mejor te ha confundido con un piloto de los que lleva un *trak* muy rápido”, intenta adivinar Lola y haciendo reír de nuevo a Pedro.

“Primi, ¿se dice *kart*!”, le recuerda otra vez.

“Seguro que lo que ha entendido es que te gusta hacerlo todo muy rápido, como cuando terminas los deberes en solo cinco minutos”, bromea la niña.

“¡Qué va! ¡Soy mucho más rápido para salir corriendo cuando suena la campana del cole!”, sonríe Pedro con su nuevo celular siempre en la mano. No deja que nadie lo toque, pero lo lleva siempre consigo para no olvidárselo en ningún sitio: ese *smartphone* ha costado un ojo de la cara y es un objeto de gran valor. No puede permitirse el





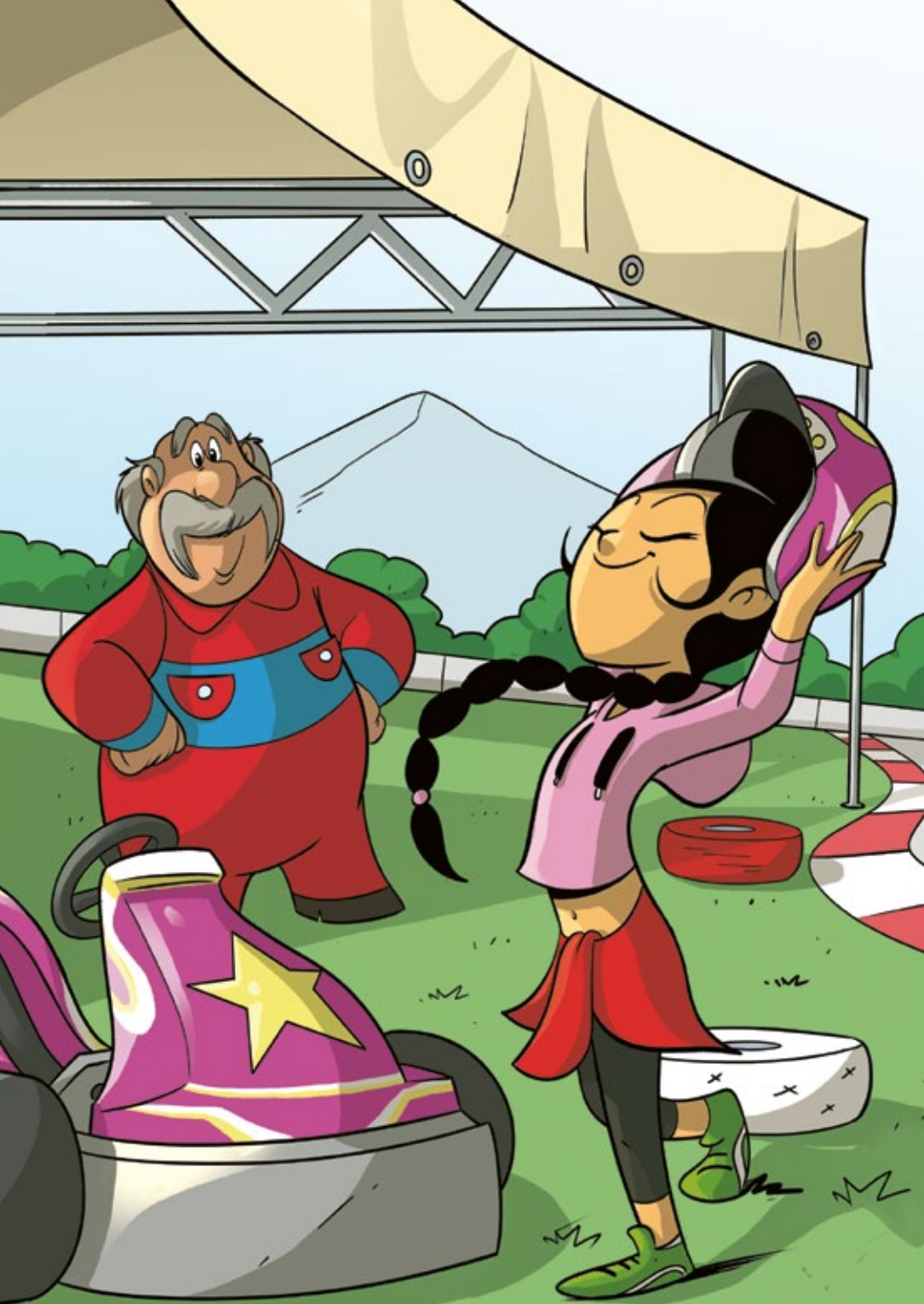
lujo de perderlo o que se estropee. Sus padres no le comprarían otro igual.

“¡Hala! ¡Mira ahí!, exclama Lola de pronto. El piloto que acaba de salir de la pista, y cuyo *kart* revisa el señor con bigote de antes, no es un chico... ¡sino una chica! Tiene unos ojos alargados y una larga trenza que esconde bajo el casco. El señor con bigote se dirige a ella llamándola Olivia.

Lola, Pedro y Midori Kuma se acercan con curiosidad y le oyen decir: “¡Gran Roberto, eres el mejor mecánico del mundo! Gracias a tus arreglos este *kart* se ha vuelto aún mucho más rápido. ¿Has visto cómo conseguía dejar atrás a todos los demás? El domingo conseguiré que todos pierdan”.

Lola está que no cabe en sí de gozo: ¡las chicas también pueden ser pilotos! Es una noticia súper-mega-recontra-fantástica. No podía ni imaginárselo y esto le da aún más ganas de intentarlo. Ella también quiere traje y casco. Eso sí, antes de metérselo en la cabeza, lo va a personalizar a su modo, igual que hacen los jóvenes campeones de la pista, cada uno de modo diferente. Y quiere un... vamos, que no se acuerda de cómo se llaman, pero está muriéndose de las ganas de subirse a uno de aquellos pequeños autos tan extraños para aprender a manejarlos. Busca con la mirada a su papà, pero quién sabe dónde se







habrá metido. Cuando trabaja es casi inalcanzable y ahora mismo estará haciendo entrevistas a diestro y siniestro.

Sus pensamientos, sin embargo, acaban siendo interrumpidos de pronto. Desde algún lugar que aún no ha identificado llegan gritos tan fuertes como el ruido de los motores de los *karts*. ¿Qué es lo estará pasando? No parece que haya accidentes en la pista. Algunos *karts* siguen dando vueltas normalmente mientras que otros pilotos han salido ya del trazado para descansar o pasar revisión a sus vehículos.

Lola, Pedro y Midori Kuma se dirigen hacia el lugar de donde proceden los gritos y otro tanto hacen Olivia y Roberto.

No hace falta indagar mucho para entender quién ha provocado tal confusión. Fuera de la pista, en un espacio reservado a uno de los equipos, hay dos niños con el ceño fruncido. Uno llora mientras se agarra la muñeca mientras que el otro parece solo muy molesto con los reproches. Como si le estuvieran haciendo perder el tiempo.

“Me ha empujado y me ha tirado al suelo. Me he dado un golpe en la mano en el *kart* y me he torcido la muñeca. Me he hecho mucho daño”, explica lloroso el primero.







“¡Solo te he rozado! ¡Y además es la tercera vez que te pedía que me dejaras pasar! Tenía que volver al auto de mi mamá a por el teléfono”, replica el otro arreglándose el mechón negro que casi le cubre los ojos.

“¿Quiénes son esos dos?”, le pregunta Lola a Olivia.

“Se llaman Daniel y Max y son compañeros del mismo equipo”, empieza a explicar la simpática chica. “Lo que pasa es que últimamente Max anda nervioso y algo violento. Parece otra persona. Hasta hace bien poco era la persona más simpática y agradable del mundo. Además del mejor en la pista, prácticamente imbatible”.

“¿Por qué? ¿Ya no sigue ganando?”, le pregunta Pedro.

“Eso es, desde hace algunas semanas parece manejar sin usar el acelerador, como si lo empujara el viento. Eso... cuando hay viento. Me recuerda a una especie de caracol con casco”.

Luego, después de un largo suspiro, Olivia añade: “A lo mejor tiene la cabeza en otra parte”.

Debe de pensar lo mismo Midori Kuma: mientras se rasca la parte posterior de la cabeza, sus ojos se han vuelto tristes.

“No hay duda: Max tiene un problema, y de los gordos”, afirma Roberto, quien luego corre a con-





trolar la muñeca de Daniel. Lola corre tras él porque le disgustaría que aquel joven piloto no pudiera seguir manejando... ¡Es un chico tan guapo que ha decidido apoyarlo en la competencia!

Entre tanto ha llegado también Javier, que ahora está intentando reconstruir lo que ha pasado preguntando a algunos padres.

Realmente no sabemos qué está pasando con Max. Hasta hace poco, hacía todo lo posible por ayudar a sus amigos, tanto dentro como fuera de la pista. A menudo les daba una mano a los pilotos más pequeños con sus deberes del cole. Y siempre era él quien traía el balón para jugar al fútbol después de la pruebas de circuito”, dice un papà. Mientras que otra añade: “Soñaba con convertirse en piloto de Fórmula 1. Y para alcanzar esta meta también se había convertido en el mejor de su clase, porque sus padres siempre le dijeron que si sacaba malas notas no le permitirían seguir conduciendo el *kart*. Y así se las arregló para ser un as tanto en la escuela como en la pista. Tenía una verdadera pasión por la pista”.

“Les diré qué es lo que pasó” anuncia un señor, que se acerca desconsolado. Es el papà de Daniel y acaba de recibir las disculpas de la mamá de Max por el comportamiento de su hijo. “Estaba muy apenada





pero también preocupada, dice que ha estado luchando por controlar el mal genio de su hijo en las últimas semanas. Solo se calma cuando se pone delante de los videojuegos o usa su *smartphone* para ver videos y chatear con sus amigos. Pero, en cuanto le dicen que tiene que dejar de divertirse con estos aparatos y estudiar, o simplemente unirse a la familia en la mesa para comer, responde mal y deja de hablarles”.

“Maldita sea, eso sí que es un problema”, murmura Javier en voz baja a Lola y a Pedro. Los ojos de Midori Kuma también están muy preocupados. Sin embargo, los dos primos no logran explicarse cómo objetos tan divertidos, como los videojuegos o los teléfonos celulares, pueden transformar a una persona hasta ese punto.

“Y eso no es todo”, sigue diciendo el papà de Daniel. “La mamá de Max también está preocupada porque su hijo dice que ya no está interesado en ser piloto. Mientras que hasta hace poco no había nada más que los *karts* y los coches para él. No puede entender cómo es posible que la pasión de su hijo se haya esfumado tan rápidamente... En los raros momentos en los que habla de sí mismo, Max le dice que tiene nuevos amigos, mucho más simpáticos que los que conoce en la escuela o en las pistas de *karts*”.





“Quiero ver si hay amigos más simpáticos que nosotros... Para mí es imposible”, comenta Olivia, un poco ofendida por esta última declaración.

El papà de Daniel concluye: “Pobrecita, me dio mucha pena verla tan preocupada por su hijo que ahora solo habla de amigos virtuales. Nadie en la familia los ha conocido y a veces incluso sospecha que se lo esté inventando todo”.

“Habría que quitarle los videojuegos y el teléfono celular por un tiempo”, sugiere un papà.

“Sería peor”, resume el papà de Daniel. “Cada vez que le impiden jugar o charlar, Max se tira en la cama y mira al techo con los ojos abiertos de par en par. Como si hubiera visto un fantasma. Se le pasa hasta el hambre y a veces se niega a comer”.

Los padres de los jóvenes pilotos se quedan un poco más comentando la transformación del ex-campeón y deciden buscar juntos una solución para ayudarlo. A todos les duele ver que un talento así se desperdicia.

“Nuevas tecnologías, nuevos problemas. Por desgracia, a veces desconocidos”, murmura Roberto en voz baja.

Nadie parece haber escuchado las palabras del sabio mecánico de Olivia, nadie excepto Midori Kuma, que le hace un guiño inconfundible. Se en-





MIDORI KUMA Y UNA COMPETENCIA REALMENTE ESPECIAL

tienden entre ellos. Y saben que les esperan sorpresas.
El espectáculo acaba de empezar.



EL COCHE DE CARRERAS DE BOLSILLO



El espectáculo es, en realidad, bastante entretenido. Lola y Pedro están encantados con lo que está pasando en la pista: son solo entrenamientos y los jóvenes pilotos solo deberían estar entrenando para dar una rápida vuelta al día siguiente y familiarizarse con el circuito para la carrera del domingo. Sin embargo, demuestran desde el primer contacto con la pista lo mejor que puede dar cada uno. Son pequeños, pero decididos; todos se preparan para un único resultado: ganar. Y para alcanzar la meta conducen con gran determinación, a veces hasta el límite de las reglas.

Midori Kuma se cubre los ojos con sus patas verdes cada vez que dos *karts* parecen acercarse demasiado entre sí.

“¡Mira esos *karfs*, están a punto de chocar!” exclama Lola preocupada, señalando a dos vehículos que





giran a gran velocidad y prácticamente pegados el uno al otro.

„¡Kart! ¡Es *kart* y no *karf*! Son solo cuatro letras, ¿cómo puede ser que no te acuerdes nunca?” se ríe Pedro. ¡No se ha dado cuenta de que Lola ahora disfruta pronunciando mal el término solo para hacerle reír! Un momento después el primo se pregunta con asombro y admiración: «¿Pero cómo se las arreglan para manejar así sin chocar?»

“¡Me asustan un poco, pero me encantaría intentarlo también!”, le repite su primita una y otra vez desde hace unos minutos. Antes de que termine el fin de semana tiene que convencer a su papà de que le deje dar algunas vueltas a la pista. Mientras tanto, sigue con la mirada las hazañas de dos conductores en particular: el primero es Daniel, la segunda es Olivia. Ha decidido animarla a ella también durante la carrera. No solo es la única chica en la pista, sino que también le parece muy simpática. Lola está segura de que se ha echado una nueva amiga. “Claro, si tuviera mi propio teléfono podría tomar fotos y enseñarle este fantástico espectáculo a mis compañeras de clase”, murmura. “Entonces también verían lo megaguapo que es Daniel...”

Por su parte, Pedro no hace más que tomar fotos de los pilotos en la pista. Luego, usando todos





los filtros de la cámara especial de su *smartphone*, ordena las fotos y las envía inmediatamente a sus padres, amigos y compañeros de escuela. Las fotos están acompañadas de mensajes divertidos, muchos de ellos en estilo cómic. Lo consigue gracias a una divertida aplicación que descargó justo antes de salir de casa. Se siente casi un fotógrafo profesional. Ahora incluso está inmortalizando a Midori Kuma al borde de la pista y luego se divierte enseñando al oso haciendo que se vea de otro color: de verde lo ha convertido en amarillo, luego en azul y, por último, en rosa neón.

El oso agranda los ojos aterrorizado y luego se mira el cuerpo: por un momento pensó que realmente había cambiado de color. Lola lo calma dándole un beso y luego, tomándolo de la mano, le pregunta a su primo si los tres se pueden hacer un *selfie*, para no olvidar este día tan especial.

Mientras admiran lo bien que ha salido la foto y discuten qué familiar debería recibirla primero, se escucha de nuevo la voz de Roberto: “Chicos, recuerden una cosa importante: solo en la pista gana el que va más rápido. A su edad es más importante saber cómo frenar que cómo pisar el acelerador”.

Los tres permanecen en silencio, incapaces de comentar y -para ser sinceros- incluso de entender las







extrañas frases que el mecánico del bigote va pronunciando. Por su parte, Midori Kuma le choca los cinco a Roberto.

“Ya entiendo: yo creo que es un marciano”. Lola está convencida. De lo contrario, no diría algo tan extravagante.

Pero Roberto no es un marciano. Por el momento es simplemente un mecánico satisfecho de su piloto favorito: ¡Olivia! La niña ha demostrado ser la más rápida en las pruebas.

Tan pronto como Javier llega al lugar donde se encuentran sus tres compañeros aventureros, Pedro le cuenta la extraña declaración de Roberto. “¡Pero si está claro como el agua!” comenta el periodista. “Roberto simplemente quiere decir que ustedes sienten ganas de acelerar enseguida, es decir, de hacer demasiadas cosas antes del momento oportuno, antes de ser lo suficientemente maduros. Por el contrario, lo que nunca hay que hacer es olvidarse de frenar, o sea de pensar qué es seguro y qué no lo es”.

Pedro y Lola se miran cada vez más extrañados. Pero, ¿qué es lo que pasa? ¿Por qué todos en este lugar hablan tan raro? Los dos primos no entienden del todo a qué peligros se refieren Javier y Roberto ni de qué tienen que protegerse.

Atrapados en estos pensamientos, los chicos y





Midori Kuma siguen a Javier, que se dirige al coche. Tienen que volver al hotel para que el papà de Lola pueda empezar a escribir su artículo para el periódico.

Esta vez, sin embargo, es Midori Kuma quien bloquea al grupo. Tiene la mirada preocupada e incluso se rasca la parte de atrás de la cabeza. Algo malo debe haber pasado otra vez.

Así que todos vuelven siguiendo al oso saltarín, quien los lleva hacia la zona donde deberían aparcar los *karts* de Daniel y Max. Deberían, porque el auto de Max ha terminado en realidad encima del de Daniel. Y entre ellos ha terminado por estallar otra disputa.

“Llegó como una furia, sin frenar ni nada”, le explica un rabioso Daniel a Roberto. “Menos mal que ya me había bajado, de lo contrario podría haberme hecho daño. Mira lo que ha hecho: ¡esto parece un *kart* de dos pisos!”.

“Tranquilo Daniel, ahora te echaremos una mano para sacarlo de ahí y comprobaremos si los autos están bien”, trata de tranquilizarlo el mecánico.

“¡No me quedo para nada tranquilo! Ni siquiera se ha disculpado, no le importa si me estropea la competencia. Ya no quiero un compañero de equipo así”, grita Daniel tratando de contener las lágrimas. Lo siente por el *kart* abollado, pero aún más por la





actitud de Max, que hasta hace unas semanas era uno de sus mejores amigos.

La mamá de Max intenta convencer a este de que se disculpe con Daniel, pero su hijo tiene la mirada perdida, distraído. Como si no tuviera nada que ver con él que su *kart* haya terminado encima del de su compañero. En lugar de disculparse, lo que hace Max es empezar a gritar con tanta irritación que ninguno de sus amigos le reconoce: “¡No me importa dónde ha ido a parar mi *kart*, no me importa si Daniel no puede correr, no me importan los circuitos! ¿Lo entiendes? Estoy harto de todo esto, ¡harto!”

La mamá de Max ya no sabe qué hacer ni decir. ¡En lugar de Roberto, el que parece haberse convertido en un marciano es su propio hijo! Quien todavía no ha terminado de sacar su frustración: “¡Ya no me importa llegar a ser piloto! Me aburro de tantas carreras de *karts*. Lo único que me interesa es meterme en mi habitación para jugar con mis nuevos amigos. Quiero convertirme en un buen jugador como ellos”. En ese momento rompe a llorar y se aleja corriendo con la mamá tras él.

“En este deporte estamos acostumbrados a hacer todo siguiendo el principio de la velocidad y con la misma rapidez también podemos exagerar en la competencia. Parece increíble pensar que este

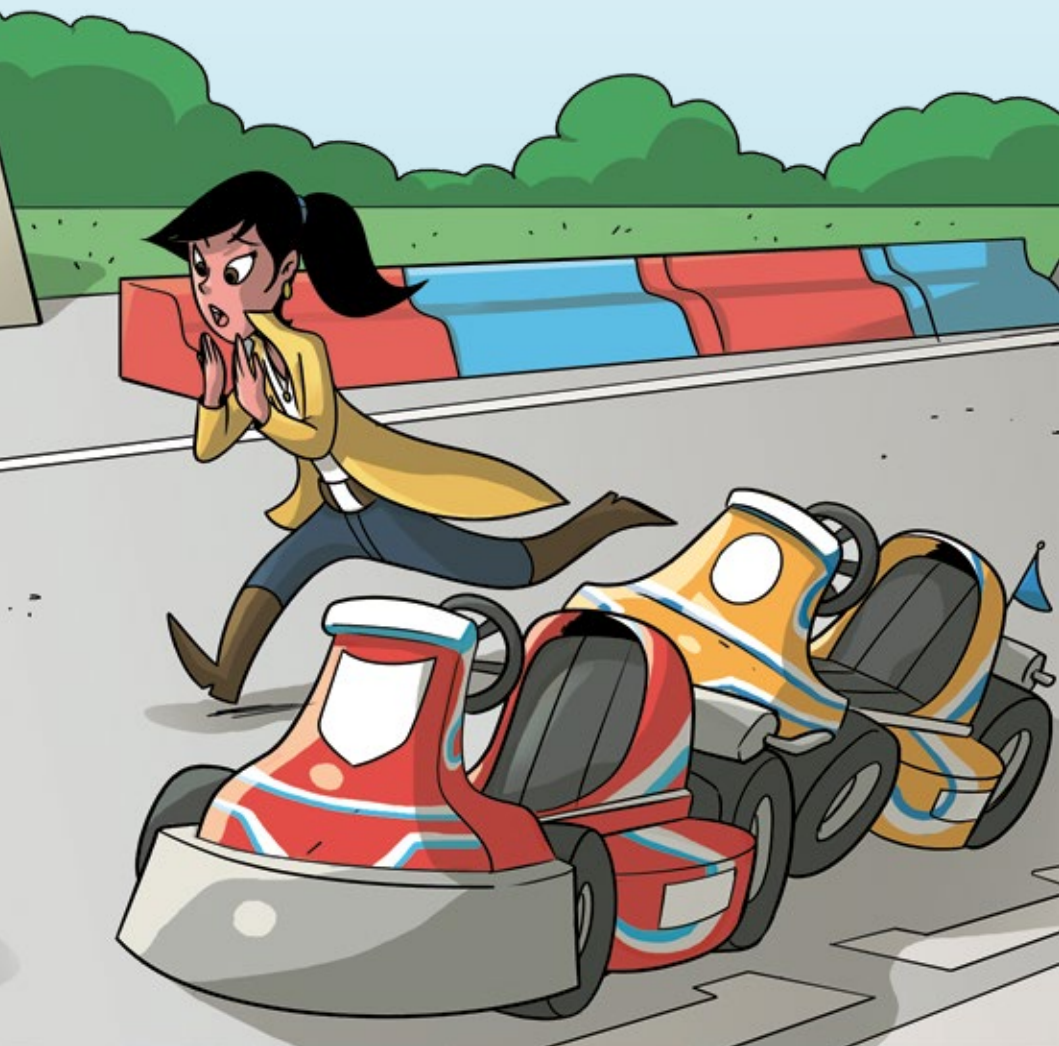




es realmente Max, pero es realmente él”, comenta Olivia amargamente.

“De hecho, también ha pisado el acelerador con internet y los videojuegos, no supo frenar cuando era el momento” le responde Roberto.

“¡Pero si también a nosotros nos dicen que vayamos rápido!”, responde la pequeña campeona.





“No, Olivia, sabes que lo primero que siempre sugiero es tener cuidado”.

Pedro y Lola escuchan atentamente. Por su parte, Javier esta vez se los tiene que llevar de la pista. Tiene que ir a escribir, aunque por desgracia no la historia agradable que había imaginado.



UNA LICENCIA ESPECIAL



“¡Venga, venga, dormilones! ¡Tenemos que darnos prisa si queremos llegar a tiempo para las clasificaciones!”

A la mañana siguiente, Javier arenga a los chicos, que se mueven como tortugas aún medio dormidas a pesar de que el despertador ha sonado varias veces.





“Pero, ¿no nos decías ayer que redujéramos la velocidad, porque los jóvenes corremos demasiado rápido y es peligroso?”, responde Lola con su habitual aire bromista.

La verdad es que la noche anterior Pedro y ella se durmieron muy tarde por dos razones: en primer lugar, porque estaban encantados de tener las camas juntas para poder charlar y, en segundo lugar, volvieron a mirar con total tranquilidad, en el celular de Pedro, todas las fotos tomadas en el circuito, pensando en los hechos emocionantes de su primer día en una pista de *karts*. Frente a la pantalla iluminada los dos primos no pudieron dejar de hacer muchos comentarios, lo que despertó al pobre Midori Kuma, que se había sumido, en un profundo sueño. El oso verde se levantó, se acercó a los niños y les puso las patas delanteras sobre la boca, instándoles a que se callaran y apagaran la pantalla. Luego volvió a dormirse tranquilo. Aunque solo por unos minutos: en cuanto se oía la risa de Lola y Pedro, volvía a revolverse. Lo bueno de Midori Kuma es que, pase lo que pase, nunca se enfada.

Después de un abundante desayuno, durante el cual Pedro y Lola devoran panecillos, tartas, leche con cereales, croissants e incluso un bocadillo de jamón, el grupo está listo para volver a las pistas de *karts*.





Según tú, ¿quién dará la vuelta más rápida con el *trak* hoy?” pregunta Lola, que ha decidido usar darle la vuelta al nombre para pronunciarlo.

“Por supuesto, no será Max”, dice Pedro. Una respuesta que pone a todos de buen humor.

“Ayer pasaron muchas cosas raras, me pregunto si hoy será un día más tranquilo”, dice Javier.

“¿Quién sabe si ese mecánico mencionará otra vez mi... auto de carreras”, comenta pensativo Pedro.

“En mi opinión deberías preguntarle qué quiso decir” le propone Lola, mientras Midori Kuma aplaude apoyando la propuesta de la niña.

“Me da un poco de vergüenza”, admite Pedro con timidez.

“¡Pero vamos! Si después de todo, parece es un hombre amable y cariñoso. Ya has visto lo bueno que es con Olivia. Realmente espero que ella alcance la ‘pole position’ hoy y que, junto a Daniel, gane mañana”.

“¿Y a ti quién te enseñó la expresión ‘pole position’?” bromea Pedro. “¿No sería tu conductor favorito? Y, sea como sea, ¿sabes que al final solo uno es gana uno?” El niño se ha vuelto a poner contento y también se alegra de que Lola haya cambiado de tema. Porque eso de pedirle explicaciones a Roberto es algo que lo intimida.





En cuanto llegan a las pistas es Midori Kuma, sin embargo, quien le obliga a hacer la fatídica pregunta nada más encontrarse con el mecánico. Por otro lado, los kartdromos son circuitos pequeños y evitarse es prácticamente imposible. Así, cuando Roberto está a punto de pasar junto a él, el oso verde da un ligero empujón a Pedro que, incapaz de mantener el equilibrio, casi se estrella contra el hombre.

“Oye, ¿te parece que este es el momento de hacer ballet?” bromea Roberto. Y rápidamente añade: “Ten cuidado de no tropezar, podrías dejar caer tu poderosa bola de fuego”.

A Pedro no le queda otra opción:

“Disculpe, pero ¿por qué cree que tengo un coche de carreras? ¡No soy piloto!”

“¿Ah, no? ¿Y cómo llamas a eso?” Roberto le pregunta señalando el *smartphone* de Pedro.

“Pues un teléfono celular”, comenta el chico con asombro.

“¿Solo un teléfono celular?

Eso es lo que tú te crees. Con estos





teléfonos inteligentes tienes una máquina superpoderosa en las manos”.

“¿Pero por qué?” interviene entonces Lola, sorprendida. La idea de poseer algo poderoso hace que le entren más ganas de tener el suyo propio.

“¿Te gustaría probar un *kart*, pequeña?”, pregunta Roberto.

“¡Que si me gustaría!”, responde Lola con entusiasmo.

“Bueno, el teléfono celular es un poco como el *kart*: te divierte y te hace sentir muchas emociones. Es agradable recibir un mensaje cariñoso de un amigo, es útil para que los padres sepan dónde estamos en todo momento, es bonito pasar el tiempo con los juegos que descargamos... Pero... hay algo más. Por ejemplo, si chocas con un *kart*, como mucho chocarás con los neumáticos protectores que están en el borde de la pista. Pero si “chocas” con un *smartphone*, te arriesgas a hacerlo sin protección. Porque con estos celulares puedes publicar mensajes, compartir fotos y videos a la velocidad de la luz. Los más jóvenes se conectan a internet y encuentran cualquier cosa, pero con el celular muchas de esas operaciones no deberíais ni empezar a hacerlas. ¿Sabías que las redes sociales están prohibidas hasta los trece años? Por contra, casi todos usan los





chats y publican todo lo que les gusta, hacen nuevas amistades sin encontrar de verdad a los “amigos digitales”. No se dan cuenta de que hay mucha gente que puede controlar lo que hacen y escriben sin que lo sepan. Algunos perfiles dicen que son niños y fingen ser tus amigos, pero en realidad no lo son e incluso podrían haceros daño”.

Pedro y Lola están sorprendidos, no se esperaban una charla así. Nunca se les había ocurrido que un teléfono celular pudiera ser un objeto peligroso.

“¡Miren a Olivia! ¡Allí!”, empieza a decir Roberto de nuevo, señalando a la niña cuyo *kart* está poniendo a punto. “Está grabando un video de sí misma junto a su coche de carreras y luego lo publicará en su perfil. Pero solo tiene diez años, no debería tener un perfil social. Queridos chicos: esta es responsabilidad, sobre todo, de sus padres, quienes deberían tener el mismo cuidado que cuando le dan un coche a un niño por primera vez. En ese caso se aseguran de que se haya sacado la licencia y de que conozca todas las reglas para que no se meta en problemas. ¿Sabéis lo que siempre les repito a los chicos?”

Pedro y Lola niegan con la cabeza.

“Digo que haría falta una licencia también para el celular. Todo chico, toda chica, tendría que pasar un examen de conducir antes de poder usar un





smartphone. Así se verían obligados a conocer todas las reglas principales correctamente antes de abordar esta carretera con tantos cruces.”

“¡Es una propuesta estupenda!” exclama Javier, que ha estado escuchando todo. “De hecho, es quizá la mejor historia que he escuchado desde que llegué a esta pista de *karts*. Podría ser el título de mi artículo: “Una licencia especial”. ¿Qué les parece?”

“Y tal vez los padres también entiendan que es necesario estar más pendientes de sus hijos cuando se conectan a internet”, añade Roberto.

“¡Pues hagamos este test de conducción para celulares!”, propone entusiasmada Lola. Y se le ocurre algo: si lo aprobara, podrían comprarle un *smartphone* de inmediato. De hecho, sus padres le han dicho que no tendrá uno propio hasta que tenga diez años. No podrá aguantar otros dos años, ¡eso seguro!





“La verdad es que podría ser una forma de involucrar a Max, de que vuelva a divertirse con sus amigos reales y se olvide de los virtuales por un tiempo”, reflexiona Roberto.

“¡Claro, vamos a intentarlo!” insiste Javier.

Lola, Pedro y Midori Kuma se apresuran a proponer el examen de conducir a Olivia, quien acepta con gusto. Cuando se trata de un desafío, esa niña no consigue domar su espíritu competitivo. Siempre quiere ganar, incluso cuando no tiene que hacerlo. Porque ella, después de todo, ya tiene un *smartphone* y puede usarlo como quiera. Así que va y lo habla con Daniel, quien a su vez involucra a otros conductores. Solo falta Max.

“De ninguna manera”, responde tan pronto como Olivia le explica el plan. Pero esta vez no se expresa de forma rencorosa. El chico parece, más bien, cansado, apático, casi dormido.

Olivia, que no acepta derrotas de ningún tipo, lo deja solo por el momento, pero promete que lo intentará de nuevo más tarde, porque ahora es el momento de volver a la pista: empiezan las calificaciones.

Cada piloto intentará dar una vuelta en el menor tiempo posible. Así es como se establecerá el orden de salida de la carrera: delante de todos, en la “pole position”, se colocará el piloto más rápido, seguido de





todos los demás, hasta el más lento, que obviamente saldrá el último. Se llama la parrilla de salida, y hasta hace unas semanas esos chicos solo podían competir desde la segunda posición hacia abajo, porque la primera siempre era la de Max: demasiado rápido para todos los oponentes. Sin embargo, hoy en día ya nadie se sorprende de encontrar su nombre en el fondo de la clasificación y con un enorme retraso respecto al penúltimo.

Después de haber visto a esos chicos dando lo máximo durante media hora, Lola y Midori Kuma corren para preguntar por el resultado y descubren con placer que Olivia saldrá en la “pole position”; Daniel, en cambio, ha alcanzado el cuarto puesto.

Cuando vuelven a informar a Pedro, que se ha quedado para tomar más fotos, el oso bloquea a la niña y comienza a rascarse la cabeza, preocupado. Max y su mamá se acercan, charlando animadamente. Los dos se quedan escuchando con atención, esperando que ella lo convenza para asistir al examen.

“¿Por qué no podemos irnos ahora mismo? Estoy harto de estar aquí”, pregunta el niño.

“Porque también tienes que hacer el examen para la licencia del teléfono celular, es una buena idea y verás que será útil”, le explica su mamá con amabilidad.







“Pero no puedo ni me importa: ¡tengo una cita online para jugar con mis nuevos amigos y si no cargo mi teléfono no podré hacerlo!”.

“Cariño, papá y yo hemos pensado que será mejor que te quedes sin tu teléfono y tu videojuego por un tiempo. Parece que has sufrido una indigestión con ellos”.

“¿Qué?!” se sorprende Max. Luego, después de observar seriamente la cara de su mamá y de darse cuenta de que no está de broma, tira el casco con rabia y sale corriendo.

Midori Kuma sigue rascándose la cabeza mientras sus ojos se entristecen.

“Vamos, venga, vamos a informar a los demás de que Max no hará el examen”, murmura Lola en voz baja.



TODOS AL EXAMEN



“¿Cuándo empezaste a correr con *tarks*?” pregunta Lola, contenta de poder pasar un rato con la simpática Olivia.

“¿Qué son los *tarks*?”, pregunta la piloto soltando una carcajada. Lola le explica su juego: se está inventando tantas palabras para hablar de *karts* como puede. Pedro y Midori Kuma se miran incrédulos.

“Empecé cuando tenía cinco años”, empieza a contarles Olivia. “A mi papà le gustan mucho los coches de carreras, pero cuando era joven no tuvo la oportunidad de probarlos, así que me lo sugirió. Acepté enseguida, ¡a ver si te vas a creer que hay cosas que las mujeres no pueden hacer! Y, además, es súperdivertido, y por supuesto no quiero detenerme en los *karts*. De hecho... ¿cómo los llamaste? - ¿*Tarks*? Pues yo sueño con correr en la Fórmula 1 algún día.

“¡Eres súper!”, exclama Lola con admiración.





“Tú también lo eres, ¿quieres que nos hagamos una foto juntas? Así la puedo publicar en las redes y presentarte como mi nueva amiga especial. Luego, si me dejas tu número, te la mando para que la guardes también y la pongas en tu estado.”

“Ya me gustaría, Olivia, sería genial. Lo que pasa es que yo todavía no tengo celular”.

“¿De verdad? ¿Y a qué esperas para que te lo regalen?” pregunta Olivia con asombro.

“Mis padres dicen que es demasiado pronto y que tengo que esperar hasta que tenga por lo menos diez años” se queja Lola.

“¡Qué pena!” comenta Olivia. “Mira cuántos likes me ponen cada vez que publico una foto de la carrera. No es por presumir, pero mis fotos son especiales: no hay muchas otras niñas en mi cole que puedan lucirse con un traje de carreras y un coche personal. Mira este video: parece que es un chico el que está saliendo del *kart* hasta que de repente me quito el casco y se me ve pelo largo. ¡Es casi un efecto especial!”

“¡Qué suerte tienes ...!” suspira Lola encantada.

Midori Kuma sacude la cabeza con preocupación, le gustaría apartar a su amiga de esas ideas. Pero ella está casi hipnotizada por Olivia, a quien se le acaba de ocurrir algo para ayudarle.





“¡Lola, soy genial! Mira, esto es lo que podrías hacer: pídele a Pedro que te dé la contraseña que usa, así puedes usar las redes entrando en su perfil”.

Mientras tanto Javier, citado a tiempo por el oso verde, llega justo a tiempo para escuchar el consejo que acaban de darle a su hija. “Olivia, ¿le prestarías tu cepillo de dientes a un amigo?”, le pregunta el reportero.

“¡Uaaa, qué asco! ¡Claro que no!”

“¡Respuesta correcta! Recuerda que debes considerar tu contraseña como un cepillo de dientes. Es estrictamente personal, no debe compartirse con nadie. Si alguien quisiera hacerte una jugarreta, podría publicar frases o fotos incorrectas o vergonzosas tuyas en las redes. Luego, demostrar que no has sido tú sería muy difícil.”

“Vaya, no había pensado en eso”, reflexiona Olivia.





Ha llegado la hora de la merienda. Como de costumbre, los padres de los pilotos traen bebidas, bocadillos y dulces para ofrecer a los niños al final de las pruebas de clasificación. Fuera de la pista, de hecho, la rivalidad ya no existe y todos pueden volver a comportarse como niños. Esta vez, sin embargo, Roberto anuncia que al final de la merienda empezará el examen para una licencia especial. Los chicos están un poco nerviosos: Daniel está muy preocupado porque cree que también tendrá que contestar algunas preguntas de matemáticas, así que se pone enseguida a repasar las tablas de multiplicar. Nunca se acuerda bien de la del 8.

“No te preocupes”, lo tranquiliza Roberto sonriendo. “Para usar el celular solo necesitas ser capaz de leer los números del cero al nueve.» Luego se aleja hacia la oficina del director de la pista de *karts*, quien, por su parte, ha encontrado unas tarjetas que convertirá en licencias especiales.

Cuando todos los chicos se han reunido en el pequeño tramo recto de la





pista, Roberto explica que todos saldrán de la misma fila y que quienes respondan a las preguntas de la manera más correcta subirán una posición, hasta llegar a formar una nueva parrilla de salida.

“¿Están listos?” pregunta el mecánico.

“Nooo”, responden los niños entre burlas.

“¡Entonces partimos! Esta es la primera pregunta: cuando juegas un juego en línea y desafías a un oponente que no conoces, ¿puedes decirle tu nombre, dónde vives, a qué escuela vas?”.

“¡No!”, contesta Daniel primero, “porque quizá no sea un niño y venga luego a buscarme. Puede ser peligroso”.

“¡Vaya, muy bien! ¡Respuesta exacta! Adelanta una posición”, le invita el mecánico. Que luego sigue diciendo: «¿Puedes





publicar fotos o videos de otras personas sin obtener su permiso?»

Silencio. Esta vez los niños no saben cómo responder. Entonces es Midori Kuma quien salta señalando no con su cabeza.

“¡Un punto para el oso verde, vamos, ven!” dice Roberto guiñándole el ojo.

Midori Kuma mira a su alrededor desconcertado, no sabía que también estaba él en la carrera conseguir la licencia, pero ahora que ha quedado bien, le gusta la sensación y quiere seguir.

Roberto explica: “Piensen que publicar fotos o videos de otras personas sin su consentimiento está completamente prohibido”. Y sigue: “¿Puedes quedar con alguien que conociste a través del chat?”

“¡Sí, sí!”, responde Lola sin ni siquiera escuchar la pregunta. Pero luego, al ver la expresión de decepción de su papá y de Midori Kuma, que se rasca la cabeza, siente que se ha “pasado de curva” y se ha “chocado” contra un NO gigante. El celular soñado se aleja más rápido que un *kart*.

“Lo siento, Lola, vas a tener que dar un paso atrás”, le dice Roberto. Y añade: “Siempre es agradable tener la oportunidad de hacer amigos, y los *smartphones* ayudan, pero hay que tener mucho cuidado: hay mala gente que se esconde detrás de identidades





falsas. Acuérdense siempre de eso”. Luego retoma el hilo: “¿Cuánto tiempo al día puedes jugar a los videojuegos o con los celulares?”.

“Tres horas”, exagera Olivia.

“¿Dos horas?” intenta Pedro.

“¡Todo el día!” grita alguien decididamente muy optimista.

“No exageren, chicos, yo diría que a su edad una hora al día es más que suficiente”, señala Roberto. Y ya está listo con una nueva pregunta: “Cuando chatean, ¿pueden escribir lo que quieran?”

“No, tenemos que tener cuidado con las palabras que usamos. De lo contrario te arriesgas a ofender o a herir a alguien”, responde Daniel de nuevo.

“Realmente eres un campeón”, le felicita Roberto.

Mientras Daniel avanza otra posición, el del bigote vuelve al test: “¿Puedo insultar a alguien usando las redes sociales que me permiten permanecer en el anonimato?”

“No se hace, pero he oído decir que es imposible que te atrapen”, arriesga Lola poco convencida.

“Solo la primera parte de tu respuesta es correcta, por eso no te haré seguir yendo hacia atrás”, le dice Roberto. “No existe el anonimato en la red: hay expertos en seguridad informática que consiguen localizar al autor de los insultos y amenazas. Así que,





si reciben mensajes desagradables, no se preocupen. El culpable puede ser identificado y detenido”.

Después de unas cuantas preguntas más, con respuestas más o menos correctas, con Daniel como vencedor absoluto, Roberto decide entregar la licencia a todo el mundo. Incluso a Midori Kuma, que le ha ayudado en este examen especial.

“Chicos, creo que han aprendido a ser más prudentes. Pero hay algo más que quiero preguntarles, ya que estamos en una pista de carreras: ¿dejarían que unos desconocidos se subieran a su coche?”

“¡Noooo!” respondieron Lola, Pedro y todos los demás conductores al unísono.

“Muy bien, pues igual que no dejamos que entren extraños en nuestros coches, tampoco los dejamos entrar en nuestras vidas. Y, lo más importante, no pasamos demasiado tiempo delante de estas pantallas. Todos sabemos que son herramientas fantásticas, en algunos casos incluso nos permiten estudiar y profundizar en muchos temas. Pero a veces pueden convertirse en enemigos y aislarnos del resto del mundo. ¿Han visto lo que le ha pasado a Max? Si hubiera pasado menos tiempo con su celular y sus videojuegos, no se habría desencantado de lo que siempre ha querido.”

De vuelta al hotel, Lola, Pedro y Midori Kuma se intercambian con orgullo sus carnets, leen los







nombres en las tarjetas y comentan las preguntas más difíciles. Hasta que Pedro pregunta: “¿De verdad que ha sido por el tiempo que Max ha pasado delante de la pantalla por lo que se ha vuelto tan raro?”

“¿Se acuerdan de cuando hablábamos de los alimentos invisibles y os decía que hay cosas que parecen invisibles pero que realmente pueden hacer daño?” pregunta Javier.

“Sí, tío. Lo decías ayer de camino a la pista”.

“Eso es, Pedro, a eso me refería. En la cabeza de Max todas esas horas se han convertido en un pastel gigante que le han hecho engordar tanto que se ha vuelto pesado, perezoso, y sin la fuerza ni la energía para nada más. Salvo para seguir comiendo ese delicioso pastel”.

“Es como si hubiera puesto la gasolina equivocada en su coche y hubiera roto el motor”, reflexiona Pedro.

En ese momento suena el celular del niño. Es un número que no conoce, y enseguida se pregunta si debe contestar o no. Después de tantas advertencias sobre extraños peligrosos, se preocupa.

“No te preocupes, estoy aquí”, le asegura Javier.

“¡Hoooola, soy Olivia! ¿Puedes poner el altavoz para que Lola pueda oír también?”, la voz chillona de la alegre niña ilumina la cara de todos.





MIDORI KUMA Y UNA COMPETENCIA REALMENTE ESPECIAL

“Dinos”.

“Te confirmo que soy un genio, así como lo oyes. He tenido una gran idea y para la carrera de mañana tengo planeada una increíble sorpresa. ¡Prepárense!”, anuncia, colgando enseguida después para no revelar demasiado.

“¡Quién sabe lo que se le habrá ocurrido!”, Lola anda ya toda emocionada. En tanto, Midori Kuma se rasca la barriga con satisfacción. Según él, está a punto de suceder algo especial.



UNA CARRERA INCREÍBLE



La primera victoria ya se ha logrado. En la cena, Lola ha logrado comer pizza con papas fritas que tanto deseaba. ¡Y ni siquiera le ha entrado dolor de barriga! Pero ha tenido que renunciar al postre: ese era el trato con su papà. Por el contrario, Pedro, después de un plato de pasta con salsa, ha engullido un buen tazón de helado con sus sabores favoritos: chocolate, avellana y una montaña de nata. Midori Kuma, como de costumbre, ofreció un postre invisible a Lola, para que pudiera acabar la cena con un sabor dulce en el paladar también fuera de casa.

Por supuesto, en la mesa, el tema de la noche no podía ser otro: ¿qué brillante idea se le habría ocurrido a Olivia para la competencia?

“Creo que Roberto ha puesto un cohete en el motor de su *karl* para que pueda empezar a todo





gas, haciendo perder a los oponentes y así ganar la carrera”, ha intentado adivinar Lola.

“Por supuesto. De hecho, sé perfectamente que mañana vamos a ver una carrera de *skrats*, ¡los famosos *karts* espaciales!”, ha seguido la broma su papà.

“Pero no, ¿de qué estás hablando? Habrá muchos *kars* en la pista mañana”, ha añadido Pedro.

Y entonces se plantean otras hipótesis de sorpresa organizadas por el genio de Olivia. Según Pedro, por ejemplo, la niña podría haber invitado a la pista de *karts* a un gran campeón de Fórmula 1. Y enseguida Lola se une con otras fantasías: “Vendrá el campeón del mundo y elegirá un piloto para llevárselo con él”.

“¿Un secuestro?”, ha bromeado Javier.

Pero también se ha hablado de un nuevo e imbatible *kart* construido de noche. Iba a ser súper poderoso porque en realidad había dos: el de Daniel y el de Max, que han terminado uno encima del otro y se han convertido en un solo coche.

En realidad, sin embargo, ninguna de estas hipótesis extravagantes los había convencido del todo. Mientras tanto, Midori Kuma los había escuchado, y al final ha hecho con sus patas el gesto de quien invita a mantener la calma. Es más, cada vez que se han planteado hipótesis sobre soluciones tecnológicas de fantasía, él ha sacudido la cabeza.



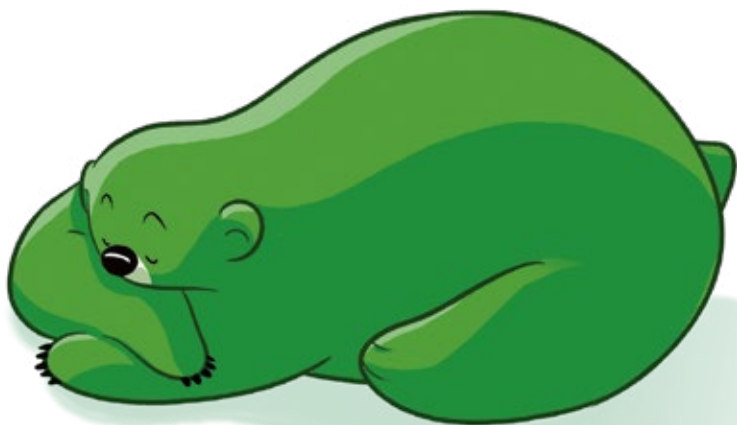


“Midori, querido, ¿sabes de qué se trata?” le ha preguntado Lola antes de dormirse. Y ha asintido con la cabeza, solo para hacer un gesto de tocar primero su corazón, luego el de Lola y el de Pedro.

“¿Qué quiere decir?”, preguntó la niña bostezando, abrumada por el cansancio.

“Creo que quiere decirnos que tratará de un gesto de amor”, ha explicado Javier, dando a los chicos un beso en la frente y una caricia a Midori Kuma. Que, como siempre, ¡ya se ha dormido!

Sin embargo, a la mañana siguiente, cuando llegan





al circuito, no notan nada extraño. Es un hermoso domingo soleado y los padres están charlando tranquilamente entre ellos, apenas revisando por encima los *karts* de sus hijos. Vamos, que hay una atmósfera de gran serenidad, no precisamente la misma atmósfera que Javier había anticipado al entrevistar a los padres de los niños. Los adultos, de hecho, habían admitido que se ponían mucho más nerviosos que sus hijos, quienes, al ser tan jóvenes, no vivían la competencia con demasiada ansiedad. Ellos, mientras repiten a los





chicos que se enfrenten a la competición con el espíritu de quienes solo deben divertirse y tratar de dar lo mejor de sí mismos, en realidad esperan verlos ganar y levantar la copa en lo más alto del podio.

Los únicos que están bastante tensos son Max y su mamá. Desde el asiento que Lola, Pedro y Midori Kuma han elegido para ver la carrera, pueden escuchar al excampeón advirtiéndolo: “Esta es la última vez que participo. Ya se lo expliqué también anoche a papá por teléfono: mi carrera sobre cuatro ruedas ha terminado.”





“Muy bien, como sabes, nadie quiere obligarte a hacer lo que no te gusta. Excepto el estudio. Así que ahora trata de divertirme y ser amable con tus amigos”.

Max no responde, mete la cabeza en el casco y arrastra su *kart* hacia la pista, sin devolverle siquiera el saludo a Daniel, que intenta una vez más reconciliarse con su compañero.

Javier se sienta junto a los chicos y anda escribiendo las últimas notas para su artículo cuando Midori Kuma le cierra repentinamente el cuaderno, haciéndole señas para que espere.

“¿Crees que la historia que tendré que contar será completamente diferente?”, le pregunta el periodista. Y, como respuesta, el oso se rasca la barriga con una expresión relajada.

En ese instante la radiante sonrisa de Olivia aparece delante de ellos.

“¿Están listos para ver un espectáculo único esta mañana?” les pregunta inmediatamente, con la expresión traviesa de alguien que está a punto de liarla.

“Me lo imaginé, ¿sabes? Te pusieron un cohete en el *kart*”, le dice Lola.

“¡Lo que oyen mis oídos! ¡Por fin aprendiste a decir la palabra ‘*kart*’! ¡Podemos decir que ya estás





lista para conducir uno!” exclama Roberto, que está ayudando a Olivia a colocar el *kart* en la parrilla de salida.

“Por supuesto que estoy lista: ¡tengo incluso mi licencia!” responde la niña, mostrando la tarjeta que le dieron el día antes, justo después de la prueba.

Todos los pilotos se alinean en la parrilla de salida cuando un hombre muy alto y delgado se coloca a un lado de la pista junto al primer *kart*, el de Olivia, y levanta una bandera: es el director de la carrera. En cuanto baja el brazo, los coches arrancan. En ese momento el ruido de los motores es muy fuerte, porque todos se están preparando para despegar lo más rápido posible.

En un impulso Lola, Pedro y Midori Kuma se agarran de la mano: están muy tensos y emocionados. Después de todo, es su primera carrera.

Sin embargo, tan pronto como el hombre baja el brazo con la bandera, los tres espectadores se llevan una gran desilusión. Todos están yendo muy despacio. Iban más rápido en los entrenamientos. Pero, ¿qué es lo que pasa?

“Ya lo entiendo: ayer nos dijiste una y otra vez que no aceleráramos demasiado con nuestros celulares, y ahora han decidido tener el mismo cuidado con los autos”, especula Pedro.







Midori Kuma mueve la cabeza como negando y sigue rascándose felizmente la barriga.

“¿Se han dado cuenta también ustedes de que los que están delante van más lentos que los que los siguen?” observa Lola.

De hecho, Olivia y los otros competidores que fueron más rápidos en la sesión de clasificación, ahora circulan como si fueran de paseo. Por atrás, sin embargo, hay un poco más de batalla. Aprovechando la lentitud de sus oponentes, va Max, que, aunque no se interesa mucho por competir, puede adelantar sin problemas a los conductores que conducen aún más despacio que él. Alguien intenta resistir, con poca convicción, a sus ataques, pero luego se mantiene al margen dejándolo pasar.

Javier reabre su cuaderno de periodista y empieza a escribir algo. Tiene una sospecha y la actitud de los padres de los conductores en las gradas lo confirma: en lugar de animar a sus hijos, todos apoyan a Max, incitándolo a adelantar a los demás.

“¿Tú lo sabías?” le pregunta Javier a Midori Kuma, quien asiente con la cabeza esta vez, mostrando también una expresión muy satisfecha.

“¿Saber qué?”, preguntan Lola y Pedro.

“Esperen y verán...”

Después de cuatro vueltas Max ha pasado del úl-



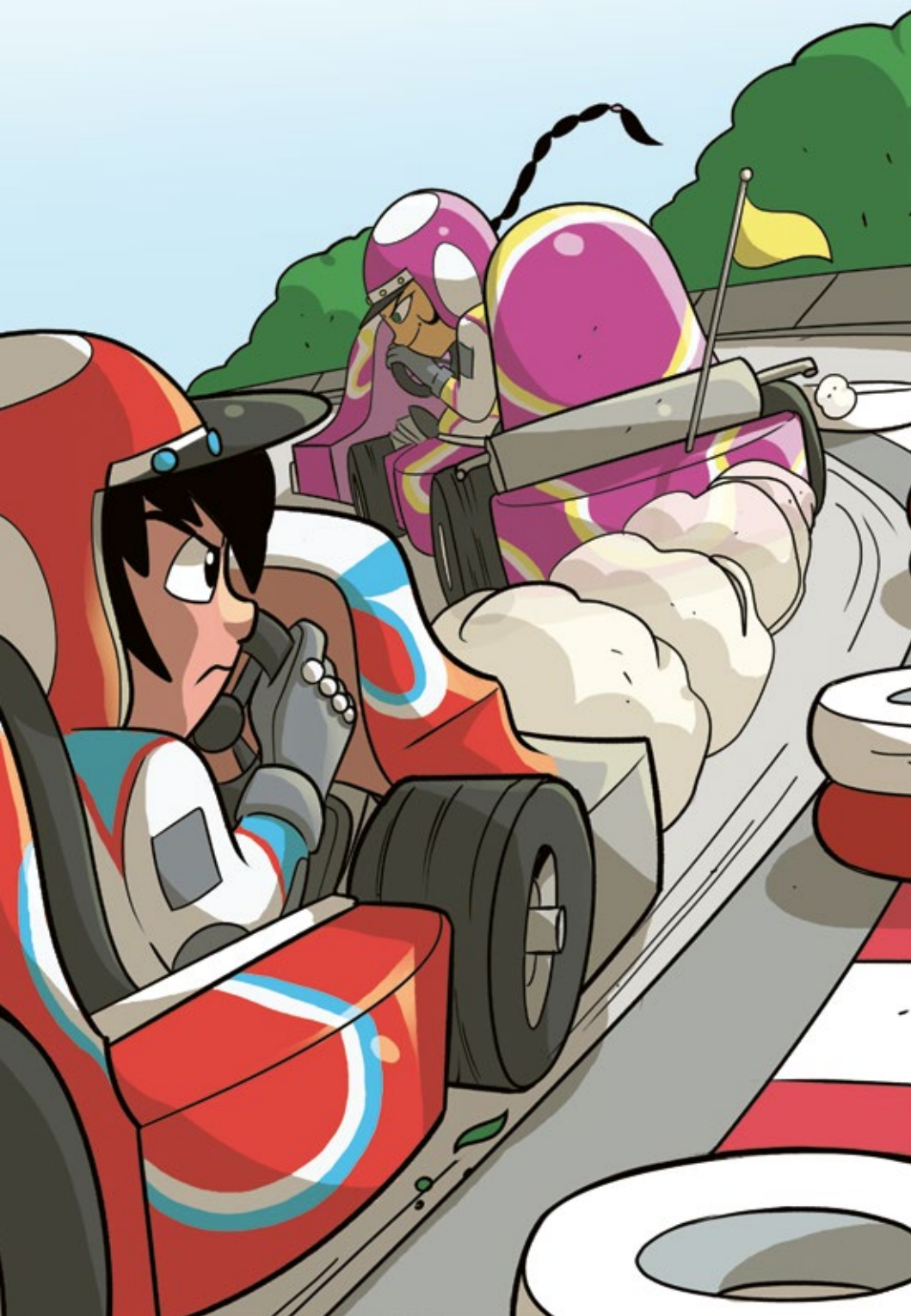


timo al décimo: ahora está en medio del grupo y la idea de poder alcanzar a los demás despierta en él emociones que creía haber eliminado pero que ahora le están dando mucho placer de nuevo. Así que intenta conducir como sabía, apretando con fuerza el pedal del acelerador. Los pilotos que van justo delante de él lo notan y, esta vez, en lugar de ir despacio a propósito, tratan de aumentar el ritmo de la carrera y empezar el verdadero duelo. Lo que pasa es que Max ha vuelto a descubrir las sensaciones de cuando era un campeón inalcanzable y consigue una serie de adelantos espectaculares e incluso, a veces, muy disputados. Como con Daniel, que intenta resistir los ataques de su perseguidor todo lo que puede, pero que acaba siendo superado en la recta. Después de ocho vueltas, Max está en tercer lugar e incluso Olivia puede verlo por el espejo retrovisor. Se ha dado cuenta de que su plan ha funcionado y, hablando en voz alta en su casco, se felicita a sí misma: “Eres un genio, ¡pero no te rindas sin luchar!”

Después de dos vueltas más, Max está justo detrás de ella y se esfuerza por pasarla. Se resiste llevando el *kart* en zig-zag para confundirlo.

Lola siente que el corazón se le va a salir del pecho, se está emocionando mucho, sobre todo de ver a su







amiga en un duelo tan emocionante. “¡Vamos Olivia, aguanta!”, grita con todas sus fuerzas.

Por desgracia, sus ánimos no le sirven de mucho, porque justo en la curva más rápida del circuito Max consigue adelantar a Olivia y tomar la delantera. Al final de la última vuelta, cuando pasa la recta donde el director de la carrera ondea la bandera a cuadros, Max se pone a celebrarlo como solía hacerlo en los viejos tiempos. Está contento de haber ganado de nuevo, esta vez se ha divertido mucho y ha vuelto a descubrir de repente el placer de los *karts*. De hecho, ya fuera del coche, no pide volver a casa a jugar a los videojuegos, sino que quiere disfrutar de la ceremonia del podio con la entrega de premios, los aplausos y la copa.

Mientras el chico recibe los cumplidos de los otros conductores, su mamá se lo agradece a todos, emocionada. Lo hace porque, por supuesto, ella también ha entendido lo que ha pasado. Justo lo que Olivia les está explicando a Lola y a Pedro: “Mi plan genial era este: propuse a todos los demás ir despacio a propósito y dejar que Max nos adelantara, para que pudiera ganar posiciones y provocar que quisiera ganar de nuevo. Conociendo su pasión por el automovilismo, no tenía duda de que recordaría lo que se siente al ir en una buena posición. ¡De hecho, en la segunda





mitad de la carrera, yo ya no estaba fingiendo y Max ganó de verdad por sus propios méritos!”

Incluso Max sospecha que los otros conductores le han tendido una trampa. ¡Pero qué trampa tan buena! El chico está contento de saber que, a pesar de su insoportable comportamiento, sus verdaderos amigos no lo han abandonado. Y también se da cuenta de que es difícil sentir emociones tan intensas en el mundo virtual.

“Te prefería cuando ibas despacio”, le dice Olivia, guiñándole el ojo. “¡Así, de vez en cuando, yo también podía ganar!”

“Guarda esa medalla, hoy eres tú la que te mereces la copa. Eres la campeona de los amigos”, le responde Max dándole su trofeo.

“¿Cómo es que estos dos chicos se sacaron sus licencias ayer pero no tienen *karts*?” pregunta Roberto, señalando a Lola y a Pedro.

“La verdad es que ese es un terrible fallo que hay que corregir enseguida”, responde Javier.

“Entonces síganme todos”, indica Roberto encaminándose hacia la pista donde hay tres *karts* aparcados.

“¿De verdad que podemos probar?”, grita Lola con alegría.





“Vaya, esto sí que es un verdadero regalo” exclama Pedro incrédulo.

“Después de que te pongas el casco y el traje, déjame el “coche de carreras” que llevas en la mano. Si no, ¿quién te va a hacer la foto mientras conduces como un verdadero campeón?”, dice Roberto.

¡«Que te dé mi *smartphone*?! Pero si solo nos conocemos desde hace tres días, ¡demasiado poco para que me pueda fiar!”, responde Pedro simulando ponerse serio y preocupado.

“¡Bien, has aprendido la lección!” exclama Roberto con una carcajada. Aunque es interrumpido





enseguida por Lola: “No entiendo: ¿por qué hay tres *karts* en la pista?” pregunta.

“¿Qué? ¿Ibas a dejarlo tirado? A él tampoco le gustaría perderselo”, responde Javier.

“¿Pero de quién hablas?”, insisten los niños mirando hacia la pista.

En el interior del *kart*, con el casco ya abrochado, está justo él, Midori Kuma, ¡a todo gas!



CARNET especial

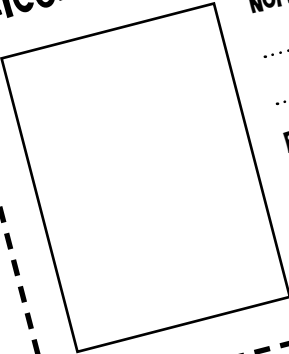
**¿HAS RESPONDIDO BIEN A LAS PREGUNTAS DE ROBERTO?
MIDORI KUMA TAMBIÉN ESTÁ DISPUESTO A CONCEDERTE
UN CARNET ESPECIAL.**

**¡FOTOCOPIA LA TARJETA DE LA PÁGINA SIGUIENTE
Y COMPLÉTALA!**



**INTRODUCE AQUÍ
TUS DATOS**

Licencia especial



NOMBRE Y apellidos

.....

Fecha de nacimiento

.....

Nacionalidad

.....

**PEGA AQUÍ TU FOTO
O HAZTE UNA**

[illegible]

[illegible]

This image shows a full page of primary-ruled notebook paper. It features multiple sets of horizontal lines, each consisting of a solid top line, a dashed middle line, and a solid bottom line, providing a guide for letter height and placement. The paper is white and contains no other markings or text.

Editado por Grandi & Associati, Milán

Diseño gráfico, maquetación y edición: Studio Noesis

Ilustraciones: Gianfranco Florio

Traducción del italiano: MCV

© 2021 AO Kaspersky Lab.
kaspersky.com

**MIDORI KUMA es un oso realmente especial:
es curioso, gentil y muy sabio. Y junto con sus amigos
Lola y Peter siempre está listo para una aventura...
¿Estás listos para ir con él?**

Cuando su papá llega del trabajo **Lola**, pelo rojo y mucha energía, inmediatamente entiende que algo grande está pasando... de hecho **Javier**, que es reportero, planea llevarla junto con su primo **Pedro** y su fiel compañero **Midori Kuma** para descubrir los secretos de un circuito de karts. Lola está ansiosa por grabar todo en el súper poderoso teléfono inteligente de su primo... Pero muy pronto se da cuenta de que en la pista no todo es perfecto entre los jóvenes pilotos. Al final, Midori Kuma y el simpático mecánico **Roberto** tendrán que explicarles a Lola y Peter que no solo las cosas en las cuatro ruedas, sino también la tecnología debe manejarse con mucho cuidado.

